

Modernidad y nihilismo en «La biblioteca de Babel» de Jorge Luis Borges

Bernat Castany Prado

I

El pecado de *hybris* es una constante a lo largo de toda la obra de Borges y puede ayudarnos a desentrañar el significado de uno de sus relatos más enigmáticos, «La biblioteca de Babel», cuyo título hace referencia a uno de los casos de desmesura más célebres del *Génesis*. Adán, Eva, Prometeo, Níobe, Ícaro, Ixión, Tántalo y Alejandro Magno son otros de los muchos personajes castigados por intentar trascender su medida y que el autor de *Ficciones* visita constantemente en su obra. Claro está que el «escepticismo esencial», del que el mismo Borges habló en el epílogo a *Otras inquisiciones*, lo llevará a centrarse especialmente en los casos de *hybris* cognoscitiva, es decir, en aquellos casos en los que el ser humano pretende saber más de aquello que le ha sido dado conocer.

En sus ensayos Borges refuta festivamente todo intento *desaforado* de conocimiento. En «La máquina de pensar de Raimundo Lulio» criticará el mecanismo que Ramón Llull ideó con el objetivo de poner al alcance humano la precisión divina; en «El idioma analítico de John Wilkins», los intentos de crear un idioma total realizados por Locke, Leibniz y John Wilkins; en «La dinastía de los Huxley», el «astronómico desdén» y la «casi divina imparcialidad» con los que Spinoza o Huxley escriben acerca de los hombres «como si escribieran de sólidos, de superficies planas y de líneas»; y en «La supersticiosa ética del lector», el vicio de los escritores actuales de utilizar «palabras que postulan sabidurías divinas o angélicas o resoluciones de una más que humana firmeza».

En otras ocasiones Borges citará las exhortaciones a permanecer dentro de ciertos límites cognoscitivos que las diferentes tradiciones religiosas han realizado. En «Historia de la eternidad», recordará el infierno de Swedenborg en el que se castiga a los que se atreven a discutir temas sobrehumanos; en «Sobre el *Vathek* de William Beck-

ford» Borges habla de una espada en cuya hoja puede leerse la siguiente inscripción: «Ay de quien temerariamente aspira a saber lo que debería ignorar»; y en «La doctrina de los ciclos» expondrá las burlas de San Agustín contra las vanas teorías de pitagóricos y platónicos acerca del eterno retorno y recordará que, para el obispo de Hipona, «Jesús es la vía recta que nos permite huir del laberinto circular de tales engaños».

A esto se le añade el uso constante de adjetivos que indican la imprudente desmesura de ciertos actos u objetos. En «La muralla y los libros», Borges hablará de «la desaforada muralla»; en las «Notas» a *Discusión*, de «las imprudentes enciclopedias»; en «Vindicación de *María* de Jorge Isaacs», de una tesis «audazmente especulativa»; y en su reseña del Bhagavad-Gita afirmará que éste es un «libro babilónico».

También en sus relatos, como si de un dios se tratase, Borges castiga a todos aquellos personajes que intentan saber más de lo que les pertenece. Recordemos que el narrador de «La busca de Averroes» dice haber querido narrar «el proceso de una derrota» e indica que primero había pensado en otros pecados de *hybris* como el del arzobispo de Canterbury que se propuso demostrar que hay un Dios, el de los alquimistas que buscaban la piedra filosofal o el de los matemáticos que intentan descifrar el libro de la naturaleza. En «Los teólogos» Aureliano descubrirá, al morir, que a los ojos de Dios él es la misma persona que Juan de Panonia, el hereje al que arrastró, con sus escritos, a la hoguera. Otro teólogo, Nils Runeberg, será consciente, en «Tres versiones de Judas», de haber cometido el pecado de acercarse al secreto de Dios.

En «La muerte y la brújula», un erudito detective se dejará engañar por las pistas falsas que el asesino le ha ido dejando y en «Emma Zunz», el lector es testigo de la confección de un crimen perfecto, esto es, irresoluble. Cabe recordar que, según Borges dice en «El cuento policial», el creador del género policial, Edgar Allan Poe, «tenía ese orgullo de la inteligencia» y había erigido al detective en símbolo de la razón. Así, pues, es normal que un escéptico como Borges busque humillarlo haciéndole sentir que hay misterios que sobrepasan las capacidades racionales.

II

En «La biblioteca de Babel», la biblioteca es el infierno con el que se castiga a los filósofos de la modernidad, que cometieron el pecado

de *hybris* cognoscitiva al pretender poder llegar a desentrañar todos los misterios de la naturaleza. La primera piedra de este pecado epistemológico es la última oración del *Discurso del método* de Descartes que llega a afirmar que con el nuevo método no puede haber ninguna verdad «tan remota que no quepa, a la postre, llegar a ella, ni tan oculta que no se la pueda descubrir.» En *Historia como sistema*, Ortega y Gasset afirma que estas palabras son «el canto de gallo del racionalismo» y que marcan el inicio de una época de *fe en la razón*. Euforia que nos recuerda a esa «extravagante felicidad» que se produjo cuando en el relato de Borges que nos ocupa se proclamó que la biblioteca abarcaba todos los libros y que dio lugar a aspiraciones de equivalente desmesura pues «se esperó entonces la aclaración de los misterios básicos de la humanidad: el origen de la Biblioteca y del tiempo».

También las referencias temporales parecen apuntar en este sentido. Según el narrador, «hace ya cuatro siglos que los hombres fatigan los hexágonos» lo que nos remite a 1637 que es justamente la fecha en que se escribió el *Discurso del método* y se hizo hegemónica una nueva manera, dogmática, sistemática y matematizante, de hacer filosofía. En efecto, proclamar que la biblioteca abarca todos los libros es proclamar que todo el universo es biblioteca, es decir, que todo es catalogable, sistematizable y racionalizable. Recordemos que en la misma década en que Descartes escribió su fundacional discurso, Galileo afirmaba en sus diálogos que «el libro del mundo está escrito en términos matemáticos» y Leibniz que ni siquiera Dios podía escapar a las leyes lógicas que él había creado.

Toda torre de Babel es inacabable por definición; es más unos planos, un anhelo, que una construcción, una realidad. De modo que el pecado de la filosofía moderna no es haber conseguido elaborar un sistema total sino el haberlo pretendido, generación tras generación. Esto explica que no haga falta un dios que derrumbe sus andamios ya que en lo excesivo del intento está lo ineludible del fracaso. También Borges ve como necesario y natural, no como divino, que todo pecado de *hybris* vaya acompañado de su penitencia respectiva. De este modo, «a la desafortunada esperanza, sucedió, como es natural, una depresión excesiva.» El escepticismo que impregna toda la obra de Borges evita afirmar la imposibilidad del conocimiento puesto que esto ya sería afirmar demasiado. Por esta razón la depresión que sigue a la euforia racionalista es excesiva.

Recordemos que el castigo del dios bíblico no consistió sólo en derribar la desafortunada torre sino también en hacer que los babilónicos ha-

blasen lenguas diferentes. Del mismo modo, al derrumbarse el edificio de la filosofía moderna, su lenguaje universal, basado en la razón matematizante y en las categorías universales, se descompondrá en diversos lenguajes filosóficos que darán lugar a la Babel posmoderna. No es, pues, casualidad que Borges haga aparecer, justo después de esa depresión excesiva, toda una galería de interpretaciones alternativas que en el plano ficcional serán presentadas como sectas («una secta blasfema sugirió...»), fanatismos («el horror que esos fanáticos provocaron»), supersticiones («sabemos de otra superstición de aquel tiempo») y herejías («afirman los impíos...»). No debemos tratar de establecer una conexión directa de cada una de estas heterodoxias con una filosofía concreta ya que esto supondría rebajar el relato de símbolo a alegoría. Hay, sin embargo, citas veladas a la actitud antimoderna de Pierre Bayle, Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche y Fritz Mauthner, entre otros.

Resulta interesante ver cómo, por un lado, el narrador se refiere a estas alternativas filosóficas con el nombre de sectas, fanatismos, supersticiones y herejías, mientras que, por el otro, confiesa haber «prodigado y consumido» sus años en ese tipo de «aventuras.» Esta esquizofrenia epistemológica nos remite a un hombre, a un bibliotecario, que vaga perdido en una cosmovisión de la que no puede deshacerse a pesar de sentirla obsoleta. Este tipo de ser agónico suele aparecer tras la muerte de un dios (cf. Nietzsche) o tras una ruptura de *episteme* (cf. Foucault). En efecto, cinco años antes de que Borges escribiera «La biblioteca de Babel», Ortega y Gasset afirmaba que si se comparaba el estado de creencias del hombre europeo de 1932 con el reinante en 1900 se vería que éste había variado profundamente por haberse alterado la convicción fundamental. Según Ortega y Gasset «la generación que florecía hacia 1900 ha sido la última de un amplísimo ciclo iniciado a fines del XVI y que se caracterizó porque sus hombres vivieron de la fe en la razón.» Lo cierto es que al igual que el Dios del «Dios ha muerto» tenía un significado general pues Nietzsche no sólo se refería al Dios de la religión sino también al Dios de la filosofía, la razón, la fe de la que Ortega habla es una fe filosófica, cognoscitiva. De este modo, si la biblioteca es una metáfora de una cosmovisión moderna en crisis, es normal que la crisis de fe en la razón geométrica se trasponga en la ficción como una crisis de fe en el universo concebido como biblioteca. Ciertamente, sólo puede hablarse de fe muerta en una biblioteca en la que «nadie espera descubrir nada».